

Escancie

El extravío existencial en el cuento «Nunc dimittis» de Severino Salazar, una aproximación desde la hermenéutica de la facticidad

Cuauhtémoc Gutiérrez

Introducción

Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace: / Quia viderunt oculi mei salutare tuum [Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, según tu palabra, / porque mis ojos han visto tu salvación]. la cita forma parte del segundo capítulo del Evangelio según san Lucas, incluido en los versículos 25-35, y se refiere a la bendición de Jesús por Simeón que por mandato de ley tenía que presentarse al Templo. Simeón, un hombre anciano, justo y piadoso, a quien, se dice, el Espíritu Santo («según tu palabra») le comunicó que no moriría sin antes haber visto al Mesías («porque mis ojos han visto tu salvación»).

La tradición nos dice también que la presentación de Jesús en el Templo se debió a su condición de primogénito varón, quien debía ser consagrado al servicio y culto de Dios. Sin embargo, para Lucas, esta ceremonia que resalta el cumplimiento con lo establecido tiene la intención de vigorizar la trascendencia de Jesús para su pueblo. La bendición de Simeón a las afueras del Templo, contenida en el cántico *Nunc Dimittis*, que es junto a los del *Magnificat* y *Benedictus* esenciales en la liturgia católica y hablan de la infancia de Jesús, y así conocidos a partir de la versión latina, o *Vulgata*, del texto bíblico. Estos cánticos forman parte del ritual cotidiano de la Iglesia Católica, siendo el *Benedictus* utilizado en las Laudes, el *Magnificat* en las Vísperas y el *Nunc Dimittis* en las Completas.

«Nunc dimittis» se ha publicado en *Cuentos de navidad* (Daga, 1997) y *Quince cuentos de navidad* (UAM, 2000), y en el volumen, bajo el primer título, en los once tomos que la editorial Juan Pablos reunió del escritor Severino Salazar Muro (Tepetongo, Zacatecas 1955-Ciudad de México, 2005); este volumen fue publicado posterior a *Donde deben de estar las catedrales* (Premio Juan Rulfo a primera novela, 1984), *Las aguas derramadas* (1986), *El mundo es un lugar extraño* (1989), *Desiertos intactos* (1990), *Llorar frente al espejo* (1990) y *La arquera loca* (1992). Los títulos mencionados permiten intuir la influencia de la tradición cristiana en la escritura del autor.

Sin embargo, en la medida de su lectura, los diálogos de sus personajes desarrollarán una perspectiva que devela una relación íntima, que va más allá de los límites de la tradición, y

que buscan colmar vacíos existenciales. Este proceso narrativo, a la postre, se convertirá en un ejercicio legítimo y liberador que hace la propia escritura diferente a la constitución del espacio literario multidimensional y que es frecuente en la obra del autor denominado —coincidimos— como «Tepetongo», «Zacatecas», o bien, «el Semidesierto zacatecano»; este último como metáfora de la ausencia de personas junto a los ámbitos geográficos que evocan, como se evidencia, la escritura será un proceso de asimilación, tanto de la precariedad y la contingente existencia del dialogante, al estar frente a sus propios abismos, físicos y psicológicos, que a veces son el preámbulo para detonar el fin de la propia existencia o una forma diferente de percibir a la muerte, como efecto último de la desgarradora vida espiritual. Esto lo percibiremos con mayor claridad en la novela póstuma *Paisajes imposibles. La danza de los ciervos* en la que están reunidos temas recurrentes en la obra del autor: el anuncio del prodigio de Dom Fuas Roupino, o la leyenda del milagro de Nuestra Señora Nazaré, en Portugal; «Zacatecas», donde, nuevamente, se muestra la referencia al espacio que ha sido configurado por el autor; y un joven motorista migrante quien recorre un camino que es el reflejo de la adversidad, el abismo o sus vacíos existenciales de este y de los demás personajes: «veo un precipicio sin fondo».

Nos proponemos analizar el relato «Nunc dimittis» desde una perspectiva poco convencional, considerando algunas de las temáticas recurrentes del autor, tal como lo plantean Alberto Paredes y Edilberta Manzano en *Tema y variaciones de literatura*. Estamos convencidos de que la obra de Severino Salazar ofrece posibilidades de interpretación desde diversas ópticas, al mismo tiempo de plantear problemas de carácter universal a través de la voz y las situaciones de sus personajes. Adicionalmente, resultan interesantes las conexiones elaboradas por el autor en el conjunto de su obra —los vasos comunicantes—, aunque esto será un tema que se abordará en un análisis posterior.

Los matices temáticos en la obra de Severino Salazar

Alberto Paredes¹ plantea cinco ejes temáticos para analizar la obra de Severino Salazar escrita durante el periodo 1985-2005 (¡veinte años!), durante el cual suma once títulos entre novelas, noveletas, cuentos y ensayos. Paredes partirá de la pregunta de si existe una lógica en la obra o bien, cada título es independiente y sin conexión con el conjunto. Destacaré por ahora dos de los ejes propuestos: a) la literatura católica mexicana; y b) la ascendencia bíblica y hebraica. El primero de ellos, en este caso, será de mayor interés, mientras que el segundo, por ahora, será una referencia constructiva, es decir, como una forma en que se atan la historia que nos ocupa. Dicho lo anterior, no tratamos de demeritar la importancia a los otros ejes considerados por Paredes dirigidos a situar a la obra en un contexto amplio, donde la producción literaria del autor se reviste y sitúa con meridional importancia en la literatura mexicana, además, como un producto cultural obligado del periodo de tiempo citado. Específicamente, del primer eje hay elementos que el propio Paredes delinea de esta forma: «el individuo frente a su esencia y frustraciones», «su finalidad en la existencia», «se reza, se escribe y se vive en silencio [...] para no estar solos»; «es el silencio de Dios; incluso cuando el protagonista descifra el sentido de su vida y comprende que en lugar de arribar a una consumación existencial el don que alcanza es descifrar el significado de su frustración primordial».² Por su parte, Edilberta Manzano menciona como temas recurrentes el suicidio, la angustia, el sinsentido de la vida y miedo al vacío; «la conciencia de finitud y la posición ante la vida que caracteriza a estos personajes, es existencialista».³

En todo caso, las reflexiones presentadas por Paredes y Manzano son una oportunidad para aproximarse a la obra de Severino Salazar, a través de la correlación de elementos existenciales de

¹ Alberto Paredes, «Severino Salazar: del pasado inmediato a la presencia, de la persona a la obra (1947-2005-2015)», p. 25.

² *Ibid.*, pp. 28-30.

³ Edilberta Manzano, «Severino inacabado, o del recommienzo eterno», p. 92.

la tradición cristiana con la idea de facticidad de Heidegger. La facticidad, como condición humana, se referirá a que nuestra existencia en el mundo es concreta e individual, independiente de nuestra voluntad o elección. Es así como, mediante la interpretación de nuestra propia existencia y liberándonos de las interpretaciones «alienantes», podemos obtener una orientación vital fundamental y de alguna manera, con lo dicho anteriormente, se contrastará con los elementos existenciales de la tradición cristiana. En este sentido, esta lectura puede permitirnos comprender cómo los seres humanos nos encontramos arrojados a un mundo que no hemos creado nosotros mismos, sino que simplemente nos es dado, y cómo esto afecta nuestra relación con la realidad que nos rodea.

Así mismo, la facticidad —siguiendo a Heidegger— no se refiere solamente a las condiciones externas que limitan o determinan nuestra vida, sino también a la manera en que las interpretamos y las usamos para construir nuestro propio proyecto de vida, cualquiera que fuese. En esa tesitura, la facticidad será una condición necesaria para el desarrollo de la existencia auténtica, ya que nos obliga a asumir la responsabilidad de nuestras decisiones y a enfrentar las limitaciones que se nos presentan y traducirlas en forma creativa y que nos represente una ventaja.

Heidegger propone que la hermenéutica no es simplemente la relación entre el intérprete y el objeto interpretado, donde el intérprete debe simplemente ajustarse al objeto. En cambio, la interpretación en sí misma es una forma distintiva del ser de la facticidad, es decir, la existencia concreta e individual. La interpretación es algo que forma parte del propio vivir factico y su modo de ser es algo que debemos comprender.⁴ La interpretación, entonces, no es simplemente un acto cognitivo, sino una parte intrínseca de la existencia humana que debe ser comprendida en profundidad.

Posiblemente, la relación que se plantea a partir de las observaciones de Paredes y Manzano sobre las raíces del existencialismo cristiano en la obra se encuentran de forma presente y subya-

cente y se relacionan no solo con los postulados de la catequesis cristiana, y que plantea a Dios como creador, infinito, eterno y necesario, sino también con la facticidad de la existencia individual en el proceso interpretativo, como lo ha planteado Heidegger. De esta manera, se podría buscar una interpretación auténtica que permita una conexión profunda entre la obra, la escritura y la realidad existencial, incluida también la del lector, considerando la relevancia de comprender la relación entre la tradición cristiana y la existencia individual en la interpretación.

No olvidemos, como nos dice Jean Grodin,⁵ que Heidegger argumenta que la comprensión precede a la interpretación y que la «comprensión se comprende a sí misma» y se hace cargo de sus anticipaciones. Esta comprensión posee una estructura triple que se manifiesta en lo que él denomina la «interpretación explicitante». Esta interpretación tiene como objetivo hacer visible por sí misma la estructura de anticipación de la comprensión y lo que esto implica. La comprensión posee un «haber previo» o horizonte desde el cual se comprende, una «manera previa de ver» o punto de vista, y una «manera previa de entender» o conceptualidad que se anticipa a lo que se debe comprender. La interpretación explicitante busca mostrar esta estructura de anticipación y su implicación en el proceso de comprensión.

Un frío invierno en Zacatecas

«Nunc dimittis» describe un evento climático peculiar ocurrido en el estado de Zacatecas un 23 de diciembre: una fuerte nevada en casi todas las regiones del estado ha traído severas consecuencias entre los pobladores; la onda gélida produjo el aislamiento de los habitantes de la ciudad y el campo. Esto fue el preámbulo —presume el narrador— «del sórdido regalo que el Niño Dios trajo el día de su nacimiento»: una enorme pila de borregos muertos que apareció en uno de los patios de la estación del ferrocarril. Los borregos fueron amontonados por un hombre y una mujer, quienes los

⁴ Martin Heidegger, *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*, p. 33.

⁵ Jean Grodin, *¿Qué es la hermenéutica?*, pp. 55-57.

habían trasladado, ya muertos, desde la estación de Cañitas de Felipe Pescador, al norte del estado. «[...] cuando me cayó esa peculiar pieza de información en las manos e inmediatamente empezó a tejer un extraño nido en las ramas de mi pensamiento»,⁶ nos cuenta el periodista de apellido Simeón, con lo que se establece, como se percibe, el porqué de la relación con el título del relato.

El singular acontecimiento también trajo como consecuencia el inevitable sufrimiento a los pobladores, resultando insuficientes el suministro de enseres básicos y, por consiguiente, la especulación despiadada de los comerciantes. Varios transformadores explotaron a media noche y dejaron en penumbras a barrios enteros; los hospitales se llenaron de pacientes y de deficiencias, como siempre. Muchos techos se vinieron abajo y los muros de viejo adobe se desmoronaron. Un mundo en caos, que alcanzó por igual al campo y la ciudad:

[...] eran parte de ese desorden repentino, de esta manifestación tan brutal de la naturaleza [...] O más bien él era una consecuencia de este sacudimiento cósmico que habría sufrido el estado, por llamarlo de alguna manera, que tenía su origen en el cielo, en las fuerzas y el misterio del solsticio.⁷

Al dirigir sus pasos a la estación del ferrocarril contempló el montón de borregos muertos, sobre-cogedora visión de cadáveres; en lo alto yacía el borrego más viejo, quien aún tenía atado al cuello el cencerro de bronce, al parecer antiguo, porque se percibían desde la distancia las paredes bruñidas por el desgaste.

Sin embargo, había una cierta belleza —inédita y sediciosa...— en la composición de esos cuerpos atravesados unos sobre otros —y tan flácidos— que se acomodaban, que se ensamblaban con exactitud y suavidad entre sí, tan unidos en esa vejación, en esa quietud de la muerte... era como una monumental escultura en conmemoración de una alegoría, en un sig-

⁶ Severino Salazar, «Nunc dimittis», p. 20.

⁷ *Ibid.*, p. 22.

no consustancial a todo ser peregrino y vivo, que ha experimentado muchos climas, que ha escuchado todos los ruidos del mundo [...] pensé que ese borreguero [remata el narrador] era un artista que nos había traído exhibir su obra maestra en esta Noche de Navidad. Con la cual nos comunicaba que él no tenía motivos para renacer esta noche, que él estaba muy ocupado escenificando el drama eterno, experimentando una pasión.⁸

Para luego agrega, desde la desesperación, la angustia y la soledad:

Mi problema era que no poseía, a lo largo y a lo ancho del estado, con quien comentar ampliamente mi hallazgo. Alguien que lo comprendiera, que tuviera ojos para ver esa montaña de borregos y poder disfrutarla tan dolorosamente como yo.⁹

Además, el cencerro del borrego guía —el periodista los colecciona, y especula que data de la época colonial— se convierte en un objeto preciado, por lo que hará todo lo posible por conseguirlo, con esfuerzo y tras desembolsar una cantidad importante: «Tenía la voz del pastor en mi poder, el hermoso instrumento de su llamado, la voz que sus ovejas entendían».¹⁰ Y luego reflexiona:

[...] pienso que al coleccionarlos los saco de su ámbito, de su circunstancia, y los pongo en un mundo donde son inútiles, que los dejo mudos [...] Que no es bueno cambiar de lugar las cosas del mundo, que todos los objetos del mundo deben de estar donde deben estar, haciendo su función y no otra. Llevando a cabo un destino entre todos, incluidos nosotros.¹¹

En relación con lo anterior, resaltamos los siguientes aspectos relevantes que hemos localizado en el cuento de Severino Salazar. En primer lugar, identificamos —en fecha previa a su nacimiento— que

⁸ *Ibid.*, p. 23.

⁹ *Ibid.*, p. 24.

¹⁰ *Ibid.*, p. 28.

¹¹ *Ibid.*, p. 29.

el simbolismo del «regalo del Niño Dios» está lejos de ser una bendición, como se esperaría: se presenta como una carga que trae consigo carencias y dificultades para los pobladores. En segundo lugar, el desorden y el caos que se manifiestan en la historia tienen su origen en un «sacudimiento cósmico» de la propia naturaleza, lo que sugiere una relación estrecha entre el ser humano, su entorno, y un posible mensaje sobre la finitud de su destino, que indudablemente ha sido trastocado por la infinita fuerza de la naturaleza. En tercer lugar, el asombro que causa la pila de cadáveres de borregos como una escenificación del drama involuntario y parte latente de una familia de menesterosos; la perplejidad, el silencio y la imposibilidad de comunicar lo que se ha visto, así como el misterio y la complejidad de la muerte, que ha sido desatada por el azar de un evento climático. En cuarto lugar, el cencerro tiene un valor simbólico importante, como objeto deseado, lo que sugiere una relación ambivalente entre el ser humano y los objetos que lo rodean, sean o no sagrados, como se descubrirá posteriormente. Por último, destacamos la idea de que todas las cosas tienen un lugar y una función, y que es importante respetar ese orden —lo será también para el caso del cencerro—, ya que, incluyendo al ser humano, cada cual tiene su propio destino.

En el relato se pueden apreciar rasgos que elucidamos a través de las ideas de Heidegger, quien parte de la noción de existencia en su arquitectura teórica y, en particular, de la fusión de los conceptos entre el hombre y el ser en sí mismo. La existencia humana se enraíza en la ontología, lo que la distingue del existencialismo. En la cima del orden ontológico se encuentra el ente necesariamente existente (Dios), seguido por lo necesariamente posible (las esencias), y por último lo existente que puede o no existir. Heidegger prescinde del ente necesario en favor de lo necesariamente posible, el «ser-en-el-mundo», a diferencia del existencialismo cristiano que enfoca la existencia del hombre en su relación con Dios, en armonía, sin limitar al hombre, sino que lo exalta hasta la cúspide.

La noción de la muerte, en este caso una forma de representar la muerte en el apilamiento de los

cadáveres de borregos, es igualmente importante, porque nos sitúa fugazmente en este horizonte y nos hace conscientes de nuestra propia finitud, lo que nos lleva a experimentar la angustia ante la incertidumbre de lo que sucederá después. Desde la perspectiva heideggeriana, esta angustia conduce a cuestionar las cosas tal como están dadas y a sumergirse en la dinámica de lo posible. Por otro lado, desde la perspectiva cristiana, la angustia, o el temor a la muerte espiritual, producida por la inminente separación del hombre con Dios que se convertirá en una búsqueda para reconciliarse con él.

Conclusiones

La elección del relato de Severino Salazar para nuestro análisis queda plenamente justificada por la riqueza temática y simbólica que lo atraviesa, relacionándolo con elementos centrales del existencialismo cristiano. A partir del análisis de la obra del autor zacatecano, se desprende una interpretación con connotaciones desde esta perspectiva, pero quisimos interpretarla bajo los conceptos de Heidegger, cuyo enfoque será distinto a la filosofía existencialista, basada en la forma ontológica de entender al hombre, y su peculiaridad debida a su unidad con el ser.

En este sentido, tanto las anécdotas internas y externas del relato se constituyen como partes fundamentales para su comprensión, pues la vivencia de una situación caótica desencadena una profunda transformación en la existencia del protagonista. A través de la contemplación de la muerte y el desorden, la incapacidad explícita por transmitir lo observado como una vivencia plena, el narrador alcanza un estremecimiento que le permite acercarse a su propio destino, que se puede expresar en la célebre frase del cántico de Simeón «Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, según tu palabra».

Así, el mensaje final del relato, en el que el protagonista se marcha de la ciudad con sus cencerros envueltos en papel periódico, evoca la condición del «ser peregrino» y «estar vivo», y la necesidad de abrazar el destino propio con la fuerza y la cer-

teza que brinda la experiencia profunda de su existir. En definitiva, la obra de Salazar se presenta como una reflexión profunda sobre el sentido de la vida, la impotencia frente al caos y el silencio que solo la meditación ensancha y colma espiritualmente, y que en este caso, al presenciar la muerte azarosa del rebaño y la alienación del «borreguero», y por consiguiente, la inquietud que genera la necesidad de comprender y asumir su el lugar que le corresponde en el mundo, y luego se reveste en el «peregrinaje», o el extravío existencial, algunas veces será la errancia del recorrido físico, pero que en la mayoría de veces será espiritual, por lo que buscará y se encontrará con una revelación íntima y enriquecedora de la propia vida.

Fuentes

Gabas, R., «El concepto de existencia en Heidegger», en *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, enero 1992, 253. <<https://revistas.ucm.es/index.php/ASEM/article/view/ASEM9292220253A>>. Gaos, José, «Introducción» en Martin Heidegger, *El Ser y el Tiempo*, FCE, México D. F., 1951. Grondin, Jean, *¿Qué es la hermenéutica?*, Herder, Barcelona, 2008. Heidegger, Martín, *Ontología. Hermenéutica de la facticidad*, Alianza Editorial, Madrid, 2000. Manzano, Edilberta, «Severino inacabado, o del recommienzo eterno», en Marquet Montiel, Antonio y Edilberta Manzano Jerónimo (coordinadores), *Tema y variaciones de Literatura*, 44, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, 2015, pp. 83-101. Paredes, Alberto, «Severino Salazar: del pasado inmediato a la presencia, de la persona a la obra (1947-2005-2015)», en *Tema y variaciones de Literatura*, 44, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, 2015, pp. 23-38. Salazar, Severino, *Quince cuentos de navidad*, Universidad Autónoma Metropolitana, México D. F., 2000. Salazar, Severino, *Obras reunidas. Paisajes imposibles. La danza de los ciervos*, Juan Pablos, Ciudad de México, 2013. Schöckel, Luis Alonso, *La Biblia de nuestro pueblo*, Obra Nacional de la Buena Prensa, México D. F., 2009.